

La última viñeta

Por Glenda Inostroza Rojas

Yo no, yo no nací con el talento y nada se puede hacer al respecto, por eso me dedico a literato. ¿A qué soñar con las manos dotadas que poseyeron todos los retratos aprisionados en los marcos plateados del árbol genealógico que mi esposa me obligó a construir con ella para “que nuestros hijos sepan los orígenes del océano de sangre que corre por sus venas” y que ahora se agitan producto del soplo del ventilador que encendí para palear, en parte, lo sofocante del clima de nuestra casa que destaca por la carencia de descendientes?

Sí, cuento con el nombre. Mi padre tuvo aspiraciones mayores para mí y me bautizó como Cristián Díaz, mi antepasado y el último verdadero maestro del cómic, según los entendidos, que habitó en un puerto perdido en algún país del sur del globo, cuyo nombre ahora no recuerdo y que murió, como la mayor parte de la humanidad, durante el desarrollo de la Tercera Batalla Mundial, que por eso entonces se conoció como la Última Guerra Mundial, a la que ahora le hemos bajado el perfil por la pobreza del poderío bélico existente hasta la fecha en que ocurrió, cerca del año 2100, pero desde eso, ya ha pasado más de medio siglo.

Eso es lo que tengo, eso y la colección de cómics que mi familia creó y que se incrementó con los donativos que los amigos correspondientes entregaban con dedicatorias afectuosas y, entre cuyos volúmenes está la historieta que siempre me robó el sueño: *El Mezzías*.

El Mezzías fue la última creación de mi padre y poseía particularidades que hasta la fecha no entiendo: las últimas viñetas. En ellas mi progenitor decidió eliminar por completo los símbolos cinéticos, los globos y las onomatopeyas. Por su parte, el desarrollo de la narración, era casi cursi. Lo destacable, eran los encuadres planteados, hasta que, de pronto, aparecía una luz en medio de la absoluta oscuridad para posteriormente ceder paso a 499 viñetas en blanco y finalizar con una viñeta prácticamente igual a no ser por la esquina inferior derecha en la que se veía un cadáver destrozado.

Han pasado ya más de dos décadas desde la primera vez que la leí, pero aún hoy, cuando cumplo los 33 años, no soy capaz de impedir que surja en medio de la noche el insomnio por su causa o de comprender por qué mi padre, a pesar de su juventud, dejó de dibujar después de esa obra y se limitó a utilizar sus pinceles para continuar con su otro vicio: el plastimodelismo.

En aquellos tiempos, ese arte se había convertido en el único respaldo histórico de la evolución armamentista aeronáutica, naval y terrestre, permitiendo que, quienes pertenecemos a este siglo, podamos sonreír al ver las pequeñas figuras que representan lo complejo e ineficiente de los intentos de los hombres de la época por liderar en materia armamentista. No

es de extrañar lo risorio del intento llevado a cabo en el periodo en que aún existían bibliotecas llenas de estantes para albergar libros en lugar de los milimétricos utensilios de respaldo en que hoy se almacenan todas las bibliotecas del mundo para así asegurar su conservación y permitir su difusión evitando que sólo algunos privilegiados sectores sociales logren acceder a esa parte de la cultura, como antaño sucedía.

Ahora todo es distinto, la evolución tecnológica ha conseguido que el hombre desarrolle la inteligencia artificial a niveles que ni el más soñador de los humanos pudo imaginar hace unos cientos de años. Por otra parte, las armas evolucionaron alcanzando mayor eficacia y eficiencia pero sin lugar a dudas el descubrimiento más revolucionario fue la creación de un artefacto que permite saltar en el tiempo y espacio a quien lo desee y cuyo precio es tan bajo que existe en los hogares de la mayor parte de los habitantes del planeta. El invento, sin embargo, tuvo algunas limitantes ya que sólo podía usarse si los intereses del usuario se aplicaban a cierto código establecido por un consenso entre representantes de la distintas manifestaciones religiosas existentes. Pese a ello, la innovación fue más que suficiente como para acabar con un par de males: los abogados y la prensa.

Después, y a raíz de ello, se formaron dos grupos de protesta por parte de los nuevos cesantes: Los Jueces y Los Vigías. El primero estaba constituido por los abogados y, según se dice, ellos se reunían en forma clandestina para llevar a cabo simulacros de juicios, en contra de quienes estimasen conveniente, para luego aplicar por sus propios medios las sentencias que creyesen oportunas. Incluso se llegó a divulgar el rumor de un ente superior que les brindaba apoyo para ejecutar los veredictos y cuya presencia era manifestación del infierno. Dicha entidad, también se rumoreaba, se utilizaba principalmente para ajusticiar a aquellos que habían incidido de alguna forma en la evolución tecnológica que provocó el destierro de los Profesionales de la Toga, como se autodenominaban en el momento de su desaparición laboral a los abogados.

En tanto Los Vigías, que era la agrupación de los periodistas cuya única forma de sustento era la prensa, no pasó de ser un dolor de cabeza ocasional para las autoridades y los eventos o acontecimientos relevantes. La molestia surgía cuando ellos aparecían con el micrófono en la mano intentando conseguir exclusivas con el fin de demostrar que eran necesarios pero la mala organización de la entidad y el nulo beneficio que entregaban con su protesta a la sociedad acabó por destruir sus intenciones primigenias y habrían sido reclusos en el olvido casi total de no ser por ciertos movimientos sindicalistas que usufructuaban de su terco intento de reposicionamiento.

Ahora yo llevo cinco horas sentado frente a una hoja en blanco debido a mi costumbre ancestral de escribir e imprimir en estos artefactos de museo. Miro la hoja que me ofrece la

pantalla y la hoja que espera en la impresora que está delante de la única resma que me queda intacta. Miro el reloj y pienso que pronto ella me vendrá a buscar para sorprenderme con una cena especial para que un año más no me deprima tanto.

“La culpa es de mi padre” me digo. Él nunca me ayudó ni me motivó a desarrollar mis capacidades en el dibujo, al contrario, pese a que cada siglo, sólo el unigénito de la correspondiente generación de mi familia ha nacido con Los Dones: El don de crear cómics y el don de reflejar en ellos el futuro del desarrollo científico. Así, poco a poco, incluso mis más maravillosos sueños futuristas fueron despidiéndose de mí, progresiva y lentamente, como emergen en este momento en la habitación los pasos de Scarlett.

Veo sus pies, luego sus piernas, sus caderas, su figura. Veo su mirada fija y tras su rostro un segundo plano desenfocado de la pieza. Veo sus labios entreabiertos, las gruesas líneas de los contornos, las delicadas líneas que dan forma a sus dientes y que se plasman en distintos puntos de la carne para otorgarles un mayor grosor.

Sonrío, pero el desconcierto me invade cuando recuerdo que estos planos ya los he visto, tal como he visto la oscuridad absoluta que ahora invade la habitación, tal como he visto la luz que emerge quebrando el cuadro. Lo veo y me digo “Era cierto”. Algo suena parecido a un gran estruendo. Veo las hojas de mi resma una a una golpeándome la cara, sin dejarme ver nada más que el color blanco. Escucho otro estruendo...